

LA MONTAÑA



EL CASERIO.

En la cima de un monte árido, cubierto á trechos de parduzca vegetacion, en medio de una floresta de castaños y nogales, se levanta el caserío, antigua morada de alguna familia solariega, pues encima del ancho portalon se distinguen las borrosas figuras de un escudo, ya carcomido por el tiempo; las cuatro negruzcas fachadas están desportilladas, presentando grandes cicatrices por las cuales se ven las piedras; las ventanas cerradas con carcomidos postigos, en cuyo centro se abre una tronera para dar luz al interior; en el tejado, gruesas piedras hacen sobrepeso á las tejas que el vendaval pudiera arrebatarse, así como en la medio derruida chimenea, sobre cuyo orificio, protegido por dos tejas en plano inclinado, se disuelve jugueton el humo en la atmósfera.

Delante del cason hay una plazoleta á la que dan sombra los árboles, empedrada y á trechos cubierta de cañas del maíz, sobre las cuales picotea una gallina seguida de su pollada, piando continuamente.

Desparramados acá y allá aperos de labranza, arrimada á la pared una tosca carreta cargada de pipas destinadas á llevar al pueblo la *sagardua*, más allá un cónico henil, que con los troncos de los árboles y las derruidas murallas de un huerto cierran la plazoleta, desde la cual se aperciben montes y más montes, verdes algunos, coronados otros de frondosos bosques, los más lejanos cubiertos de incolora vegetacion, que les da tonos tristes y sombríos, hasta que alejándose,

apoyándose unos en otros, van á encontrarse con las lejanas montañas que cierran el horizonte como si allí terminase el mundo.

Era en el rigor del invierno, pero la tarde parecia de primavera, con un sol que todo lo bañaba de inmensa claridad y lo alegraba; y como si la naturaleza saliese del profundo letargo en que el último temporal la sumiera, revivian los campos, de ellos se elevaba una niebla, impregnada del olor á tierra, hasta los descarnados árboles participaban del aparente movimiento y parecia que extendian más holgadamente las desnudas ramas en aquellas oleadas de luz y calor, y los pájaros acurrucados en los árboles piaban y sacudian de vez en cuando sus plumas, como para que aquel dulce ambiente penetrara hasta sus carnes.

Abajo se extendia la cañada, con sus cuadros de tierra labrada, de distintos colores, marcados por espinos, zarzas y laureles, y señalando el trayecto de un apacible riachuelo, veíanse dos hileras de chopos, despojados de su verde ropaje, y en las laderas de las colinas que cierran la cañada, las vacas paciendo tranquilamente la poca yerba que quedaba.

Diseminados por los montes cercanos, los caserios, resaltando del sombrío color de sus laderas, ó apareciendo entre los troncos de los árboles, tenian otro aspecto más alegre, y el humo de sus chimeneas formaba sobre los tejados un velo de azulada gasa.

Mil distintos ruidos se esparcian por el llano; el mugido de las vacas, el cacareo de las gallinas que correteaban alrededor de los caserios, el murmurio misterioso de un cristalino arroyuelo, el triste cantar de un leñador que aprovechaba el buen tiempo para dedicarse á sus faenas, y allá, tras los montes, otro ruido sordo, que parecia un prolongado trueno, que cada vez se oía más distintamente: el ferro-carril.

Todas estas armonías se oían unidas, apagadas, corrian pesadamente por el valle, y daban movimiento al paisaje, que presentaba un cuadro poético!

LUIS BARRERA.

